



Edgardo Civallero

Pensamiento biblio-crítico

Pensamiento bibliotecario crítico

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2021.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://www.bibliotecario.org/>

Bibliotecas. ¿Lugares de conocimiento?

Una de las definiciones populares de "biblioteca" señala que es "un lugar de conocimiento". Algunas definiciones académicas se aproximan, de una forma o de otra, a esa opinión, indicando que se trata de centros "de cultura" o espacios "de saber".

Me apresuraré a señalar que la de arriba no es una de mis afirmaciones favoritas sobre esos rincones que hemos dado en llamar "bibliotecas". Pero, *for the sake of argument*, voy a asumirla como correcta.

La afirmación me lleva a hacerme una pregunta: ¿un lugar *de qué* conocimiento?

En líneas muy generales —y reconozco que generalizar es un error, pero entrar en particularidades extendería este texto hasta límites insospechados— la biblioteca en América Latina ha sido y, en muchas ocasiones, sigue siendo considerada como un espacio de "alta cultura", de "auténtico" conocimiento. Uno de esos lugares en donde se atesora una suerte de "verdad" y de "pureza" epistémica que pueden servir de referencia y faro sobre lo que es real y lo que no, lo que es cierto y lo que no, lo que es correcto y lo que no, lo que está comprobado y lo que no.

En muchos países de nuestro continente, la biblioteca fue implantada como "herramienta de civilización" para combatir esa "barbarie" simbolizada por el

campesino, el "indio", el "negro", el pobre, el obrero... No se trató solamente de un instrumento de educación: lo fue, también y sobre todo, de aculturación. Su función, en aquellos tiempos (¿tan lejanos, tan ajenos?) fue la de educar / civilizar a un populacho inculto, que no distinguía superstición o costumbre de "verdad", que no sabía nada de Arte (así, con mayúscula) o de Literatura, mucho menos de ciencia o de tecnología.

Estoy hablando de políticas republicanas decimonónicas que deben comprenderse en su contexto. Lamentablemente, muchas de esas ideas sobrevivieron, anidadas en algunas mentalidades colectivas bibliotecarias latinoamericanas, y en no pocas políticas públicas.

"El" conocimiento sigue siendo el escrito, el oficial, el académico... "La" literatura sigue siendo la publicada por las grandes editoriales, o la merecedora de premios... "Los" saberes son los que se transmiten en la lengua oficial (las lenguas minoritarias son curiosidades incluidas en las colecciones, en general, como un exotismo), "las" memorias son las que no contradicen demasiado los discursos hegemónicos, "los" soportes son los de siempre (¿papel encuadernado?), y "la" innovación, la más interesante y rompedora, suele ser la que viene del Norte global.

La oralidad es válida en tanto pueda ser escrita. Costumbres, creencias, hábitos y saberes "otros" aparecen reflejados en simpáticos libros de cuentos con los que se deja constancia cosmética de que vivimos en un continente plural. Las voces "otras" —esas de abajo a la izquierda, ya saben— figuran en recopilaciones sabiamente interpretadas y traducidas por personajes que saben lo que nos conviene leer. Los soportes pictóricos

y materiales del saber que no sean libros, fotos, multimedia o similares elementos estándar no son bienvenidos, e incluso son mirados con suspicacia. Porque ¡cómo un mural o un grafiti va a ser un documento! ¿¡Un peinado, una pintura facial o un canasto, expresiones de saber!?

Y así se deja buena parte del conocimiento de nuestro continente fuera de la biblioteca, que sigue siendo una institución colonizada y colonizadora, que sigue dando visibilidad y espacio a los de siempre (e ignorando e invisibilizando a los de siempre). Las lenguas indígenas siguen apareciendo en cuentos para niños y gramáticas, las memorias afro-latinas figuran sólo en trabajos de investigación académicos y tesis doctorales, las películas y otros documentos audiovisuales (una forma de expresar memoria y tradición por parte de muchas comunidades) son cosas de una cinemateca (o son consideradas materiales "especiales", siguiendo el muy eurocéntrico modelo educativo bibliotecológico aplicado en América Latina), los artefactos que contienen información —es decir, documentos— son cosas de las que debería ocuparse un museo, la tradición oral es cosa de la que debería ocuparse un archivo (si es que hay archivos que se ocupen de eso), y así sucesivamente.

¿Qué conocimiento hay en nuestras bibliotecas, pues? ¿Qué historias, qué memorias? ¿Qué servicios se pueden proporcionar con esos materiales, qué espacios se pueden abrir, qué encuentros se pueden propiciar, qué caminos se pueden transitar desde ahí?

Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Por qué esos conocimientos? ¿Por qué seguimos aplicando esas estructuras, después de más de tres décadas de discurso decolonial en América

Latina, después de las Epistemologías del Sur de Boaventura de Sousa y de los trabajos de Cusicanqui, entre tantos otros?

¿Lugares de conocimiento? Pueden serlo. Deben serlo. De un conocimiento plural, contenido en infinidad de soportes, expresado en un montón de códigos, con mil raíces y mil orígenes, y un solo destino: abrirnos los ojos a nuevos y ricos futuros.

Las bibliotecas pueden ser "lugares de conocimiento", sí. Pero creo que aún no lo son. Al menos, no del conocimiento que necesitamos.

¿Bibliotecas del futuro?

Ya me es habitual encontrarme, en redes profesionales, con selecciones de fotos de rutilantes edificios de arquitectura modernista etiquetados como "las bibliotecas del futuro": inversiones multimillonarias en espacios inmensos, con estéticas deslumbrantes...

¿Son esas las bibliotecas del futuro? ¿Es ese el futuro que queremos para nuestras bibliotecas?

En un mundo que ya ha excedido un buen número de límites —incluyendo los de sus finitos recursos—, en donde el decrecimiento debería ser una obligación más que una opción, y en donde los bienes tienen costos cada vez más elevados a todos los niveles, no se puede seguir pensando en construcciones faraónicas. ¿Nos hemos preguntado qué se deja de hacer al invertir dinero en esas obras monstruosas? ¿Qué proyectos se abandonan, qué sueldos se dejan de pagar? ¿Qué consecuencias tienen?

En un mundo en donde el acceso a la información continúa representando un enorme problema para muchos, en donde la brecha digital sigue en pie a pesar de lo que digan las positivas voces del *wishful thinking* —la Covid-19 nos puso frente a los ojos una cruda realidad— y en donde las bibliotecas públicas reciben cada vez menos apoyo o directamente se cierran, ¿queremos realmente que las inversiones se concentren en esos "palacios"?

¿Ese es el modelo que apoyamos? ¿Eso aplaudimos? ¿Eso es lo que decidimos convertir en *trending topic*, lo que visibilizamos, lo que celebramos, lo que colocamos como nuestra prioridad?

¿Nos hemos preguntado para quiénes son esas bibliotecas (el "para quién" real, no el de los manipulados discursos políticos que dicen que son "para todos" cuando todos sabemos que eso es falso)? ¿Nos hemos preguntado "para qué"? ¿Son atracciones, loas al poderoso de turno, piezas en el estatus internacional, partes de un discurso de exaltación nacional, o bibliotecas?

Al poner en primera plana a esos "elefantes blancos", prepotentes monumentos al despilfarro, quitamos importancia a los cientos de bibliotecas pequeñas (y no tan pequeñas) que, de una forma o de otra, resisten heroicamente todos los embates, sobreviviendo a pesar de todos y a pesar de todo. Invisibilizamos a esas cientos —o miles— que mantienen sus puertas abiertas a duras penas y que, al hacerlo, proporcionan las bases elementales de la alfabetización, la lectura y el acceso a la información en todo el mundo. ¿Harán eso las que se nos presentan como "bibliotecas del futuro"? ¿O se limitarán a mostrar sus muros relucientes a las manadas de turistas que las visitarán para sacarse las *selfies* de turno?

Al aplaudir esas propuestas estamos festejando, aprobando y dándole alas a un capitalismo salvaje que en realidad no se preocupa por abrir puertas al saber, sino por esa monumentalidad artificiosa del "más es mejor" y del exhibicionismo de recursos y riquezas (en un mundo empobrecido). Estamos dándole la bendición a un modelo

tecnológico basado en la rapiña de recursos naturales, en la obsolescencia programada y en la generación de toneladas de *e-waste*. Estamos aceptando y normalizando un consumismo que ya nos debería ser ajeno o, cuanto menos, sospechoso.

Nos dejamos arrastrar por esa admiración de rebaño hacia lo grande y lo lujoso, nos dejamos contagiar por un anhelo hacia algo que jamás tendremos —porque no podemos pagarlo, ni mantenerlo, y probablemente ni siquiera lo necesitamos—, nos dejamos infectar por esa envidia (ligera o profunda) por la suerte ajena al disfrutar tamaños bienes... Y en ese trayecto perjudicamos nuestra visión del mundo y nuestra escala de valores, ninguneamos nuestros éxitos —esos proyectos hechos a medida, socialmente responsables, adaptados a las necesidades y posibilidades locales— y nos planteamos metas y expectativas irreales, dándole importancia a lo superfluo y lo novedoso y quitándosela a lo verdaderamente relevante, valioso e innovador.

¿Bibliotecas del futuro? Confío en que no. Espero que el futuro de las bibliotecas sea más abierto, responsable, realista, solidario y comprometido. Y, sobre todo, que esté totalmente enraizado en sus territorios y ligado a las comunidades que los habitan.

Desde la bronca

Analía era una niña del pueblo Qom, una sociedad indígena del noreste de Argentina con la cual conviví y trabajé durante algunos años, allá atrás, hace tanto tiempo que ya perdí la cuenta.

Analía murió de deshidratación a los tres años, durante una de las muchas epidemias de cólera que azotaron su región, un lugar de cuyo nombre prefiero no acordarme.

Sé que esto ocurrió porque murió en mis brazos.

Esta experiencia fue una más de las muchas cicatrices que la vida se ocupó de tatuarme en la memoria a lo largo de las casi cinco décadas que llevo andando caminos. Si la traigo a colación aquí es porque una semana después de lo ocurrido, al pasar por la biblioteca popular más cercana al lugar donde vivían Analía y su familia, me encontré con una pila de panfletos en los que se informaba a la población sobre cómo tratar los síntomas de deshidratación. Era todo lo que hubiera necesitado aquella niña para sobrevivir.

Ahí fue cuando entendí esa frase tan repetida y hasta entonces tan vacía de significado real para mí: "la información es poder".

Cuando pregunté por qué esos panfletos estaban ahí y no en la comunidad Qom a la que pertenecía Analía, me respondieron, altaneramente, que "para qué se iban a molestar en irse hasta allá a entregarles esos panfletos si esos indios no sabían ni leer".

Ahí fue cuando entendí —de verdad, sin medios tonos ni cortapisas— eso del racismo, del clasismo, de la discriminación, del olvido, de la exclusión social, del ninguneo, de la invisibilización... Palabras crueles con consecuencias dramáticas, tan extendidas en mi país como en el resto de mi continente y, como supe luego, del mundo.

Y entonces empecé a pensar mi profesión y a escribir sobre ella desde la bronca. Es decir, desde la rabia, la frustración, la tristeza, el desconsuelo, la decepción...

Escribía entonces en un blog ya abandonado, "Bitácora de un bibliotecario", y lo hacía con una vehemencia, una desesperación y una indignación que jamás disminuyeron: mis experiencias en el seno de la realidad que me rodeaba no hacían más que alimentar y acrecentar esos sentimientos. Consultar los manuales de bibliotecología, los lineamientos internacionales, las políticas públicas, los artículos académicos y las conferencias institucionales sobre el mundo de las bibliotecas, y compararlos con lo que yo estaba experimentando en barrios, villas, pueblos y comunidades de mi tierra, me arrojaba tantas contradicciones, tantos vacíos, tanto desconocimiento ajeno y tanta desvergüenza que mi bronca no hacía más que aumentar. Me sentía desvalido. Me veía carente de herramientas para dar respuestas coherentes a lo que sucedía ante mis ojos. Sentía que me hablaban de cosas que no valían absolutamente para nada. Me sentía rodeado de colegas que vivían en una burbuja, pues al parecer no veían lo que yo veía.

Comencé a entrever entonces eso de la insensibilidad social y de la desconexión con la realidad que padecen determinadas disciplinas, y lo de la "torre de marfil" en la que habitan ciertas cohortes académicas.

Durante mucho tiempo me sentí culpable: estaba convencido de que estaba equivocado, totalmente fuera de lugar, dominado por una pataleta infantil, dejándome lastimar por un dolor innecesario y por una radicalidad estúpida... Intentaba convencerme —pues eso me decían a mi alrededor— de que si quería hacer algo para cambiar lo que me llenaba de frustración tenía que actuar desde la razón, el desarrollo teórico y el planteamiento de argumentos, a pesar de que el motor que me moviera realmente seguían siendo la rabia y la tristeza. Sí, lo seguían siendo. Porque el episodio que me he tomado la enorme libertad de usar como apertura de este texto no fue más que uno de una larga, larguísima lista que nunca dejó de sumar puntos. Y yo seguía desarmado ante un panorama descorazonador.

La realidad me interpelaba, y lo hacía golpeando a mazazos las teclas de todas mis emociones. Y yo seguí reaccionando y actuando desde ahí, desde esas muchas emociones. Fue desde ahí, precisamente, que decidí comprometerme, asumir responsabilidades, convertirme en un activista, arriesgar muchas cosas, explorar caminos al costado del mundo, ponerme al margen... Lo hice de la mano de muchas otras personas igualmente impulsadas por todo lo que les provocaban los acontecimientos que nos tocaba vivir. Lo hice de la mano de muchas bibliotecarias con más saberes y experiencias que yo, que no necesitaban construir teoría ni compilar citas

para ponerse a hacer, a actuar, siempre desde una base comunitaria, siempre desde una posición reflexiva y crítica. Siempre desde el sentir.

Con los años me volví a encontrar esa forma de actuar. En el feminismo. En el sentipensar. En muchos movimientos sociales latinoamericanos (y del resto del Sur global). En la empatía radical. En conceptos como la responsabilidad emocional. Encontré autoras y autores construyendo teoría, métodos y nuevas prácticas desde sus emociones: la alegría, la esperanza, el desencanto, la tristeza... Las encontré en bibliotecas, en archivos, en museos, en escuelas. En la sociología. En los estudios culturales.

Un tanto aliviado, y con la calma que dan los años, entendí que ese es un componente que no debemos despreciar. Las emociones que nos embargan son una parte de nosotros que tenemos que incluir en nuestra forma de ver el mundo, de pensarlo, de actuar en él, de influirlo, de aceptarlo. Porque no somos máquinas, ni pedazos de carne inertes, ni engendros neutrales, ni fría razón pura. Porque dejar todo eso de lado equivale a renunciar a lo que nos empuja, lo que nos inspira, lo que nos motiva, lo que nos desvela, lo que nos pone en pie.

Las emociones son mecanismos muy potentes de producción de ideas, de construcción de propuestas, de generación de saberes y memorias, que tenemos que sumar a nuestras profesiones, a nuestras disciplinas. Tienen que seguir siendo el motor de nuestro hacer: esa energía que nos sacude unos engranajes internos que, lo sabemos, ninguna otra cosa logra mover.

Si pretendemos generar y sustentar un pensamiento bibliotecario desde el Sur, una de las posiciones de partida que debemos explorar a la hora de apropiarnos de la realidad que nos rodea es la de las emociones, la de los sentimientos. Creo que debemos darnos la oportunidad, al menos una vez, de pensar, reflexionar, debatir y construir desde la felicidad, desde la miseria, desde la decepción, desde la frustración, desde la esperanza...

...y, por qué no, también desde la bronca. Esa que, por desgracia, todavía siento cuando recorro algunos de los muchos caminos de mi tierra grande.

Gaia empaquetada

La "revolución verde", ese derivado de la revolución industrial sufrido entre 1940 y 1960 en todo el mundo (y especialmente en ciertos países "subdesarrollados"), llevó la industrialización, la tecnología y la "ciencia", la producción masiva y la mecanización inherente a ella, el mercantilismo y el consumismo a nuestros campos y mares, las fuentes de nuestros alimentos.

Al parecer, en aquel complicado periodo de la historia humana se pensó que apremiaba producir mayor cantidad de comida de forma más veloz. La razón planteada fue que había que dar respuesta a las hambrunas que azotaban el planeta, y al crecimiento exponencial de la población. Curiosamente, esa misma gente que se moría de hambre entonces sigue haciéndolo hoy, medio siglo más tarde. Puede sospecharse, pues, que el motivo real tras tanto "desarrollismo", tantas prisas y tanto salto hacia adelante era el habitual en estos casos: los alimentos, como artículos de primerísima necesidad, eran un buen negocio.

Un excelente negocio.

De modo que se diseñó e impuso un modelo de acción basado en los principios capitalistas de eficiencia y rentabilidad, una locura desenfrenada que en la actualidad aún continúa vigente, con las adaptaciones y actualizaciones del caso. Para empezar, se

plantea el uso exclusivo de unas pocas variedades de plantas y animales (generalmente híbridas) que resulten "rentables", es decir, que den una "mayor y mejor producción". Se elimina así una inmensa diversidad biológica (agrícola, ganadera, forestal, piscícola...) adaptada a lo largo de los siglos a las características y necesidades de un lugar determinado.

Esos seres vivos (que han dejado de serlo y se han convertido, tristemente, en meros bienes de consumo, listos para ser explotados y dar beneficios, y ser descartados cuando dejen de darlos) son sembrados / criados en grandes explotaciones (borrando de la ecuación a los pequeños productores, a los tejidos comunitarios campesinos y a la biodiversidad que rodea sus comunidades) siguiendo técnicas (pseudo-)científicas (olvidando o negando el patrimonio cultural intangible campesino), utilizando maquinaria veloz y potente (dejando de lado el patrimonio cultural tangible campesino) y favoreciendo el modelo de monocultivo, es decir, el cultivo / crianza extensivo de un único organismo (y dañando así la tradicional biodiversidad agro-ganadera).

Para acelerar los procesos (en la sociedad capitalista "el tiempo es oro") se emplean fertilizantes y pesticidas químicos industriales de enorme potencia (pues se busca obtener varias cosechas anuales, y los monocultivos son tremendamente susceptibles a las plagas), y se utiliza agua de regadío a mansalva (desviándola de otros usos posibles), incluso para cultivos que tradicionalmente fueron de secano. Los animales, por su parte, son amontonados en un único sitio en condiciones terribles (cancelando su rol natural en el medio ambiente campesino, así como cualquier atisbo de respeto), alimentados con piensos científicamente diseñados para engordarlos (pero totalmente inadecuados

para su salud), atiborrados de medicamentos (para intentar combatir las enfermedades provocadas por la paupérrima alimentación, la falta de higiene y la masificación, que en los espacios reducidos en los que son mantenidos se transmiten muy velozmente), y con sus ciclos vitales completamente alterados (por estar mantenidos en condiciones absolutamente artificiales, como las "unidades productoras de alimentos" en las que este modelo las ha convertido).

Los productos finales se cosechan / recogen mediante máquinas (eliminando mano de obra y procesos "artesanales" / no mecanizados), se seleccionan y estandarizan (desperdiciando enormes cantidades de alimentos, "descartados" por nimiedades como manchas o formas inapropiadas) y se empaquetan (mediante máquinas, dentro de toneladas de embalajes no siempre reciclables) para ser transportados a los puntos de consumo (que desde hace mucho han dejado de ser locales; pueden, y suelen, situarse en las antípodas) mediante una extensa red de intermediarios, almacenes y sistemas de distribución mercantil (que son, por cierto, los que se quedan con la mayor parte de las ganancias sobre el producto). Llegados a su destino, los productos pueden venderse o emplearse para elaborar derivados procesados (repletos de conservantes, colorantes, aromatizantes, etc.) que quizás se transporten a otro sitio (o al propio lugar de inicio de esta cadena) para su venta.

El proceso completo se encuentra en manos de un limitado puñado de grandes complejos empresariales transnacionales con intereses en distintos campos (incluyendo el de los transgénicos y los "organismos vivos con patente"), fuertes *lobbies* políticos y mucha influencia, y se desarrolla bajo unos estrictos controles que buscan mantener

unos "criterios de calidad" basados en las necesidades de mercado y no en las del consumidor, que es dirigido por las estrategias de marketing a que consuma "lo que le conviene", "lo más saludable" o "lo mejor".

Existen elementos suplementarios de esta cadena de sucesos. Basta observar atentamente la secuencia completa para entender que ha sido posible únicamente gracias al petróleo, sustancia altamente contaminante y recurso no renovable en vías de desaparición. En él están basados tanto el combustible que mueve todas y cada una de las piezas de las maquinarias que participan en el proceso como los agroquímicos, los refrigerantes y los plásticos y derivados. Es por ello que, en la actualidad, se suele hablar de "petroagricultura", "petroganadería" y "petroalimentación".

Asimismo, la secuencia está sustentada en el empleo de una ingente cantidad de productos químicos tóxicos: comenzando por los agroquímicos (fertilizantes, pesticidas), los piensos para la "alimentación" animal, los productos veterinarios (antibióticos, hormonas) y las sustancias que puedan ser absorbidas desde el medio (p.ej. mercurio y otros metales pesados, en el caso de las pesquerías); continuando con los conservantes, colorantes y ceras, más los refrigerantes empleados para la conservación de los productos durante su transporte y almacenamiento; y terminando por la indecente cantidad de compuestos empleados en el procesamiento de los alimentos (estabilizantes, aromatizantes, antioxidantes, conservantes, edulcorantes, acidificantes, etc.). Todas ellas llegan, en mayor o menor medida, al consumidor final. Los distintos gobiernos no han prohibido el uso de todas estas sustancias, sino que han delimitado "niveles" dentro de los cuales su uso "no es dañino"... a corto plazo. Sin

embargo, el concepto de "dañino" parece variar y adaptarse a las conveniencias de la industria, lo mismo que la legislación y la difusión que se le da a las enfermedades provocadas por todos estos elementos.

En resumidas cuentas, la "revolución verde" ha llevado a la producción de monocultivos y granjas animales extensivas que multiplican y explotan un limitado puñado de especies rentables, mantenidas en condiciones fabriles, alimentadas a la fuerza con preparados "nutritivos", saturadas de pesticidas y antibióticos, cosechadas / recolectadas mecánicamente, seleccionadas para que cumplan unos requisitos impuestos al azar por el marketing y el mercado, y enviadas al otro lado del mundo para que allí sean procesadas y vendidas. Ha borrado del mapa el medio rural, con sus pequeñas explotaciones, su diversidad biológica, su cultura, sus puestos de trabajo, su comunidad humana y la red de interacciones sociales asociada, y un largo etcétera.

Pero no se trata solo de que esta "industria" haya convertido la alimentación humana en un negocio con resultados de calidad más que cuestionable. O que haya contaminado con fertilizantes, pesticidas, emisiones, etc. todo el medio rural, transformándolo en ocasiones en un verdadero vertedero químico. O que haya convertido a los animales y vegetales domésticos en simples máquinas de producir alimentos, cruelmente maltratadas en todos los aspectos. El daño va mucho más allá.

La necesidad de grandes extensiones de terreno fértil para uso agrícola / ganadero ha llevado a la deforestación, desecación y "adaptación" de enormes superficies de tierra salvaje; el desplazamiento (sin posibilidades de competencia) o directo exterminio de

otras especies vivas (e incluso de ciertas poblaciones humanas) y la sustitución de toda esa biodiversidad por un monocultivo / modelo ganadero intensivo. Se trata de un proceso irreversible, que a la postre conduce al abandono de las tierras por agotamiento de los nutrientes y a la eventual desertificación.

El uso de pesticidas (sobre todo algunos de potencia extrema, como el glifosato) elimina toda vida vegetal, destruye los ecosistemas nativos, rompe las cadenas tróficas, enferma la micro- y macrofauna e incluso provoca daños terribles en los seres humanos. Los pesticidas no desaparecen del medio ambiente una vez empleados, sino que permanecen en él, filtrándose a las napas o pasando por escorrentía a los cursos de agua y acumulándose en los organismos vivos. De esta forma, a través de toda la cadena alimentaria, y luego de dañar gravemente a cientos de organismos distintos, puede afectar también a las personas. Algo similar ocurre con los fertilizantes químicos, parte de los cuales se eliminan a la atmósfera en forma de óxidos que producen el "efecto invernadero". Esos daños pueden tardar bastante tiempo en revertirse.

Por otro lado, todo el sistema de "producción de alimentos", tal y como queda dicho, se basa en el uso del petróleo. Ocurre que el petróleo se agota. Y el ser humano, en lugar de buscar un modelo distinto de acción que evite todos los problemas ocasionados por el mal llamado "oro negro" a lo largo del siglo XX (y de lo que llevamos del XXI), está intentando "cambiar todo para no cambiar nada": un "mantenimiento de lo que ya tiene". Intenta exprimir las últimas gotas que han quedado en el subsuelo a través del *fracking* (una extracción invasiva, peligrosa y altamente contaminante) o trata de sustituir la gasolina y elementos similares por los llamados "bio-combustibles". En este

último caso se emplea materia vegetal para generar combustibles que cumplan el rol que hasta ahora han desempeñado los derivados del petróleo; para ello se utilizan cantidades ingentes de recursos agrícolas (suelo, agua, trabajo, abono) que se quitan de la alimentación... generalmente en países "en vías de desarrollo".

No es el único uso que se le dan a las tierras del "Tercer Mundo", esa parte del planeta eternamente considerada como "el patio trasero" de las grandes potencias capitalistas y neoliberales: lugares de poblaciones descartables, cuyos recursos no existen sino para satisfacer las necesidades del "Primer Mundo". Allí también se producen el maíz y la soja destinados a alimentar el ganado que se cría sobre todo en Europa y América del Norte. En realidad, esos territorios producen un alto número de bienes que son consumidos por las sociedades "desarrolladas".

Merced a estos mecanismos, las naciones "en vías de desarrollo" pierden por completo su soberanía alimentaria (la capacidad de emplear sus recursos para alimentar satisfactoriamente a su propia población), asumen todas las pérdidas y cargan con la contaminación, la deforestación, el envenenamiento de aguas y napas, la enfermedad, el empobrecimiento y el hambre de las comunidades locales, los daños medio-ambientales, la pérdida de bio-diversidad y un largo (y lamentable) etcétera.

La forma en que se produce tu comida está mecanizada e industrializada. Es antinatural.

La forma en que se produce tu comida está totalmente basada en el uso del petróleo. Es contaminante.

La forma en que se produce tu comida incluye el uso masivo de venenos, medicamentos y sustancias conservantes. Es tóxica.

La forma en que se produce tu comida arrasa la naturaleza y todos sus recursos. Es criminal.

La forma en que se produce tu comida deja sin comida a otros. Es injusto.

La forma en que se produce tu comida es un negocio en manos de unos pocos. Es obsceno.

La forma en que se produce tu comida se maneja según las leyes del mercado, no las del sentido común. Es ilógico.

Despierta. No es solo la forma en que se produce tu comida. Es la forma en que se maneja tu mundo. De ello depende tu vida.

Y la vida que puedan tener tus hijos.

